

Cuadernos de Historia Contemporánea

ISSN: 0214-400X

<http://dx.doi.org/10.5209/CHCO.60344>EDICIONES  
COMPLUTENSE

Chamouleau, Brice: *Tiran al Maricón. Los fantasmas «queer» de la democracia (1970-1988)*. Madrid, Akal, 2017. 408 pp.

*Tiran al Maricón. Los fantasmas «queer» de la democracia (1970-1988)* es la primera monografía de Brice Chamouleau, profesor de Historia y Civilización Contemporáneas de España y Cataluña en la U. Paris 8 Vincennes-Saint-Denis. El principal interés investigador del autor se nutre de la interpretación pos-colonial de las modernidades múltiples europeas y españolas, abriendo nuevas y sugerentes líneas de trabajo para la historia del género, de las identidades y de la sexualidad. Es la culminación de su investigación doctoral en la U. Burdeos-Montaigne y se acerca a un tema innovador que, entremezclando perspectivas heterogéneas, aborda la constitución de las subjetividades LGBT+ en la España posfranquista y su transformación y re-subjetivación a lo largo del periodo. El estudio se realiza en un marco de revisión historiográfica sobre el proceso transicional que invita al lector o a la lectora a reflexionar sobre el significado del propio género y de la propia Transición.

Su título, tan directo y complejo (*Tiran al maricón*) hace referencia a la violencia ejercida por las fuerzas del Estado sobre las subjetividades *queer* en pleno periodo de la Transición. En opinión del autor, este periodo de cambio no constituyó, como se nos ha instado a pensar, un momento clave fundacional del orden actual, ni siquiera una metamorfosis real de un régimen a otro. 1978 resultó ser, antes bien, la declaración de perpetuación del orden dictatorial anterior recodificado en un nuevo lenguaje y entramado democráticos, un *totalitarismo soft*, que no abandonó la vieja lógica represiva y normalizadora. En realidad, la transición postdictatorial habría sido una “barbarie institucionalizada”, un laboratorio biopolítico en el que los cuerpos *trans*, los denominados *humanimales* fueron sujetos llamados a morir física y simbólicamente a través del disciplinamiento y la desintegración. El término *queer*, por su parte, aludiría al aparato crítico deconstructivo contemporáneo desde el cual el autor se aproxima a la violencia ejercida hacia estos sujetos que, posteriormente, serían reconocidos por la democracia como ciudadanos de derecho propio.

La cronología del estudio responde también a un criterio claramente definido. El inicio, 1970, representa el momento de emergencia de unas subjetividades transgresivas impelidas a deshacer el género, así como el de la aprobación de la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social –cuyo precedente directo sería la Ley de Vagos y Maleantes de la II República y cuyo objeto de represión era precisamente, entre otros, un sujeto homosexual que no tenía cabida en aquel contexto social y político-. El final del periodo analizado, 1988, coincide con la derogación del artículo sobre “escándalo público” del Código Penal, aunque para entonces ya habían desaparecido las figuras perturbadoras de la Transición.

Así las cosas, lo que Brice Chamouleau persigue en esta obra, y con toda seguridad consigue, es historizar y reinterpretar la producción del espacio público en el que se insertan las subjetividades LGTB+, así como la germinación y transformación de estas identidades durante el intervalo de tiempo que comprenden el tardofranquismo, la Transición y la ulterior consolidación democrática. Y Chamouleau realiza esta operación desde las categorías incorporadas en el presente, un presente que plantearía la dignificación de unas subjetividades antes abyectas en torno a la institución-familia –¡ah, si Eduardo Haro Ibars levantara la cabeza!–, pero teniendo en cuenta que, ayer como hoy, el poder *deja morir* a unos sujetos y *hace vivir* a otros, aquellos que consintieron aceptar las nuevas reglas del juego. Así, la cuestión no será tanto la mera recuperación de los fantasmas del pasado, sino, en el fondo, por qué se ha podido dotar de voz a unos, y no así a otros.

En su libro, Chamouleau relata cómo se conformó el primer movimiento homosexual colectivo en España en 1970, en respuesta a la promulgación de la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social, pero sin obviar el giro copernicano que experimentó este grupo en aquel momento. Aquel giro estuvo simbolizado por la figura del travesti y su *pluma*, representantes de una militancia alternativa y encarnación del paso del régimen franquista eminentemente masculino, autoritario y rancio a la democracia femenina, inclusiva y democrática. A partir de este momento, se instauró la cultura del consenso y el movimiento quedó reducido a una cuestión de orientación sexual, perdiendo así la naturaleza contestataria y subversiva que lo caracterizó en el instante de su nacimiento. 1978 fue, ciertamente, un año clave en el que se produjo la escisión del Front D'Alliberament Gai de Catalunya (FAGC) – fundado en 1975 y precursor nacional del movimiento liberador homosexual–, entre radicales y reformadores. Estos últimos acabarían por apoyar la política consensual que preconizaba el nuevo Estado democrático, que, cual navaja de Ockham, ejerció una represión invisibilizada en contra de las “locas”, llamadas a la marginación y la desaparición por la fuerza. Y todo ello imbricado en un simulacro de respeto hacia los Derechos Humanos y los derechos sexuales. Los simpatizantes de la nueva política consensual, sin embargo, hubieron de aceptar el colapso de sus espacios de sociabilidad y su reclusión en *ghettos dorados*, como los describe Chamouleau; el precio a pagar por su conversión en sujetos de derecho fue, a fin de cuentas, convertirse en *gais* del ámbito privado sin perturbar el orden público y la moral ciudadana. Despolitizarse, en definitiva, abandonando su lucha en contra de los valores que representaba la clase mesocrática, valores representativos del Estado posfranquista, y aceptando la flamante democracia, re-subjetivándose, construyendo performativamente una nueva *comunidad gay*.

En nuestra actualidad posmoderna, poscolonial y (pos)mesocrática, en la que se implementan biopolíticas sexuales afirmativas en los países occidentales, y en la que España se erige como la quintaesencia en términos de tolerancia y no LGTB-fobia, se cierran, sin embargo, las fronteras europeas para los ciudadanos *de segunda* y, en el mismo territorio español, se ejerce una inextinguible violencia hacia las mujeres. ¿Privilegios de *unxs*, expoliación de *otrxs*...?

El interés de la presente contrahistoria se inicia en la desconfianza y el recelo hacia este *pinkwashing* que induce a sospecha, por cuanto hace cuestionarnos si las luchas que protagonizaron los fantasmas de la Transición no son, si acaso, muy similares a las articuladas por las feministas y *queer* poscoloniales. Tal vez se nos esté previniendo de lo que nos espera. Y asoma el miedo hacia otra *barbarie* similar a la padecida por los sujetos no heteronormados durante los setenta y ochenta. El temor radica, precisamente, como bien indica el autor, en no saber qué sucederá en el transcurso de esta mal llamada crisis –que no es sino un proceso de acumulación por desposesión económica y sociocultural no pasajero-. Desde luego, el temor no es infundado, ya que esta *crisis* profetiza el fin de la clase mesocrática como consecuencia de la reestructuración social y de recursos, y este proceso conducirá al abismo de las comunes democráticas y la tolerancia hacia las subjetividades LGTB+ que desde la Transición han sido aparentemente representadas por la comunidad mayoritaria –*aparentemente* porque, de acuerdo al autor, esta capitalización de valores multiculturales y tolerantes por la clase media no vendría a ser más que un “trampantojo histórico”-. Dicho de otro modo, surge el recelo hacia la desarticulación de los derechos sexuales como fenómeno paralelo al derrumbamiento de las clases medias, no identificadas ya con la decadente cultura de Estado de 1978. Al igual que lo acaecido en la Transición de los setenta, la integración de las élites ganadoras durante el proceso y la expulsión de otros sectores significarán el reconocimiento, una vez más, desde una perspectiva colonial europeísta y moderna, de que unas vidas son más valiosas que otras, que unas merecen vivir y otras morir. El libro da buena cuenta de esta lógica fatal, tratando de recuperar las voces que fueron marginadas en el pasado para arrojar luz sobre un presente maquillado de rosa, alarmante e incierto. Un presente (re)colonial, incluso con los sujetos de su pasado, devenidos ahora *fantasmas*, con el firme objetivo, tal y como afirma el autor, de boicotear el discurso hegemónico de la modernidad e imaginar un futuro posmesocrático.

La obra crítica de Brice Chamouleau no dejará indiferente a nadie. Se trata de una relectura y redención de las subjetividades históricamente degradadas. Tal vez a alguien le traiga a la memoria, como me ha sucedido a mí, a *La Otxoa*, célebre *transformista* vasco que se dio a conocer al público en la *Aste Nagusia*, semana de fiestas de Bilbao de 1978 con su canción “Libérate”. El año de su debut no es casual: para esa fecha, el aparato represivo estatal ya se había ido haciendo cargo de arrebatar el sustrato revolucionario a la figura de la “loca”, vaciándola de contenido político, contestatario, y reduciéndola a un espectáculo carnavalesco en un horizonte de tolerancia sexual. La voz de *La Otxoa* ha pervivido hasta hoy; otras voces no corrieron su misma suerte. El libro de Brice Chamouleau nos ayuda a comprender las razones de este silencio.

Itxaro González Guridi  
Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea  
igonzalez094@ikasle.ehu.es